

# Debate político y control de crisis

JOSÉ CARREÑO CARLÓN

*En memoria de don Joaquín Vargas  
y en solidaridad con su familia*

Los primeros rechazos al anuncio del presidente Calderón de una nueva reforma política ya cumplieron el cometido de la estrategia del gobierno: generar un debate distractor de la crisis económica y de la abrupta caída en la aprobación presidencial.

En respuesta a las encuestas de mitad del sexenio, que reprobaban mayoritariamente el manejo de la economía y su saldo de desempleo y desesperanza, Calderón dijo la semana pasada que había llegado la "hora de enderezar el rumbo".

Pero en lugar de anunciar cambios en ese sentido, anunció enseguida que enviaría una iniciativa para una nueva reforma política que incluiría la reelección de legisladores y alcaldes y la reducción del número de legisladores del Congreso, entre otras innovaciones ciertamente demandadas por diversos grupos políticos, sociales y académicos, pero que remotamente contribuirían a enderezar el rumbo económico que la mayoría considera equivocado.

Es cierto que el Presidente insistió en sacar adelante verdaderas reformas en materia fiscal, energética y laboral, pero él sabe que no cuenta con los consensos necesarios. Por eso la propuesta de reforma política pareció un recurso para romper el arrinconamiento en el que lo pusieron la opinión pública y el Congreso.

## El riesgo mayor

El problema es que en el mejor de los casos tal reforma surtiría efectos en las elecciones de 2015, pero se lanza en un país en que tres de cuatro adultos no alientan la seguridad de mantener su empleo y completar el sustento familiar en este 2009. En este sentido, el anuncio presidencial y los rechazos que ha cosechado funcionan como distractores de la atención de los problemas de hoy y como variante del principio de control de crisis que recomienda reducir la ansiedad dándole a la gente cosas que hacer (o temas de que discutir) mientras cede lo peor de la adversidad.

El riesgo mayor es que este debate se convier-

ta en un nuevo factor de dispersión de las energías que el país necesita concentrar para realizar las reformas urgentes: las destinadas a remover los obstáculos, privilegios y prejuicios que frenan la reactivación de la economía y la recuperación de los empleos.

## Calderón y Zedillo

El movimiento del presidente Calderón se parece, pero se diferencia del realizado por el presidente Zedillo en medio del colapso de 1995, desatado por el "error de diciembre". Zedillo distrajo la atención pública con un debate que ciertamente dio un paso más en la reforma política, con la formalización de la independencia del IFE. Pero en ese trance se generaron deformaciones y ruinosas transferencias de recursos a partidos y autoridades electorales que desnaturalizaron la competencia política y la convirtieron en la más cara del mundo. Estas deformaciones sirvieron no sólo para distraer la crisis de entonces, sino que las grandes transferencias de poder y dinero a los aparatos partidistas funcionaron como compra de apoyo a la versión zedillista de la crisis que fracturó al grupo gobernante y condujo a la liquidación del PRI en las elecciones de 2000.

Las propuestas de Calderón van en sentido contrario a las reformas de Zedillo porque la reelección de legisladores y alcaldes quitaría poder a los aparatos partidistas fortalecidos con la reforma de 2007. Los funcionarios electos se deberían menos a los partidos, que hoy reparten las candidaturas cada tres años, y más a sus electores. Y en el mismo sentido, la reducción del número de diputados y senadores pondría en el debate al Congreso como la fortaleza de la partidocracia y como el espacio de privilegios, opacidad e impunidad que han mantenido por décadas a los legisladores entre los actores públicos peor calificados en todos los estudios de opinión pública.

El riesgo aquí sería una nueva guerra de poder y de defensa de privilegios. Porque hay algo peor que estas formas de control de crisis: que la crisis se salga de control.

• jose.carreno@uia.mx  
Académico

